



CORONAVIRUS, INTEGRACIÓN REGIONAL Y EL ROL DE LOS ESTADOS: LECCIONES APRENDIDAS ANTE UN PROBLEMA MUNDIAL

Coronavirus, regional integration and the role of States: lessons learned from a global problem

Mariano Nascone

Universidad de Buenos Aires-UNASUR



Director de Asuntos Sociales de la Secretaría General de UNASUR (Ecuador, 2015-2018); Jefe del Departamento de Políticas Regionales del Instituto Social del MERCOSUR (Paraguay, 2011-2015); Profesor de grado y posgrado. Magíster en Políticas Públicas y Gerenciamiento del Desarrollo (UNSAM); Lic. en Trabajo Social (UBA); Autor y coautor de varias publicaciones.



Resumen || La pandemia del COVID-19 ha desatado una crisis planetaria que pone al descubierto las debilidades del orden mundial actual y de los mercados globales como garantes de la protección de las personas. Adicionalmente, y como consecuencia, se visibilizan las fragilidades en que se encuentran los países para afrontarlas (algunos con mayor magnitud) como así también los esfuerzos que deberán hacer para superarlas.

Palabras Claves || Crisis mundial - pandemia - Latinoamérica

Abstract || The COVID-19 pandemic has unleashed a planetary crisis that exposes the weaknesses of the current world order and global markets as guarantors of people's protection. In addition, and as a result, the fragility of countries to address them - some of greater magnitude - is visible, as well as the efforts they will have to make to overcome them.

Keywords || Global crisis - pandemic - Latin America

La pandemia del COVID-19 ha desatado una crisis planetaria que pone al descubierto las debilidades del orden mundial actual y de los mercados globales como garantes de la protección de las personas. Adicionalmente, y como consecuencia, se visibilizan las fragilidades en que se encuentran los países para afrontarlas -algunos con mayor magnitud- como así también los esfuerzos que deberán hacer para superarlas. Además de la inmediata atención a las víctimas, las pérdidas económicas, la recuperación de puestos de trabajo, los mayores niveles de pobreza y desigualdad entre otros efectos que la pandemia dejará en mundo aún globalizado, es importante advertir cuáles son algunas de las lecciones aprendidas que un fenómeno como este pone al descubierto.

Un tema que al menos hoy nadie se anima a cuestionar es la gravedad del debilitamiento de los sistemas públicos de salud, tanto en países desarrollados como en desarrollo. Ante la desprotección de los mercados, las personas vuelven a acudir a los Estados en busca de protección. Aquel Estado que no mucho tiempo atrás fue conceptualizado como una traba al libre mercado y a la libertad de las personas, hoy se presenta como el único capaz de garantizar un poco de certidumbre y de – en palabras de la ex presidenta Cristina Kirchner- “ordenar la vida de las personas”. En definitiva, hoy nadie puede negar que es el sector público en su máxima expresión quien está salvando millones de vidas y procurando mitigar los afectos sobre los sectores vulnerados, lo que implica entre otros factores hacerse cargo también de la economía. Es necesario afrontar el riesgo a que nos enfrentamos si no

fortalecemos las capacidades de acción y coordinación entre los Estados para hacer frente a este, y otros desafíos a nivel mundial.

Como producto del COVID 19 muchas personas están prestando más atención a lo que sucede en el mundo. Se observan en varios países Estados débiles y como agravante echados a la suerte de tener -o no- gobiernos a la altura de lo que las circunstancias requieren. Las posiciones de negación de la pandemia, por ejemplo en los gobiernos de Donald Trump en Estados Unidos como también de Jair Bolsonaro en Brasil, sin dudas evidencian el interés supremo en cuidar la economía por sobre sus ciudadanos, lo que no conduce a una solución sino todo lo contrario. Lejos de pretender en este artículo abonar al debate instalado por los poderes fácticos entre salud y economía, la prioridad hoy es cuidar a la población, y para ello, es indispensable fortalecer las capacidades de respuesta de los Estados ya que estamos hoy ante un problema mundial que no será resuelto de forma individual. Un fenómeno que traspasa fronteras, religiones y clases sociales. Quizás sea esta una oportunidad para constituir un punto de inflexión que permita reorientar ciertas acciones no sólo para superar esta crisis, sino para protegernos ante futuros fenómenos a escala mundial. También para repensar modelos de desarrollo más inclusivos capaces de revertir algunas de las deudas históricas de los países de América Latina como la pobreza, indigencia y desigualdad y -en esta nueva etapa- hacerlo de modo sostenible protegiendo al ambiente. Otro elemento que se observa es que varios debates que no mucho tiempo atrás eran patrimonio sólo de algunos grupos progresistas, han ganado

posición en la construcción de las agendas para el combate a la desigualdad estructural de nuestra región. Por ejemplo: la adopción de una renta básica universal, o mejor aún, la consolidación de un nuevo sistema de bienestar que la incluya pero no se agota en ella; la necesidad de lograr un sistema tributario progresivo y más justo en nuestra región ante el debate de quien paga los costos de la recuperación económica por la caída del PBI a nivel mundial; así como la importancia de abordar seriamente la agenda ambiental. Así podríamos seguir engrosando la lista. Quizás todo esto evidencie la necesidad de un “nuevo contrato social” como formulara la ex presidenta Cristina Kirchner, y retomara el actual presidente Alberto Fernández.

No obstante, es preciso advertir, que los mismos que instalan el debate entre economía y salud, también buscan hacerlo de sus agendas de ajuste y austeridad como salida de la recesión económica actual propiciando un neoliberalismo más salvaje – y autoritario- a escala mundial. Lejos estamos del fin del neoliberalismo pero también en un momento donde deberá “aggiornarse” en lo discursivo, algo que mal que nos pese ya demostró capacidad. Volviendo a las posturas contrarias que se disputan la hegemonía en este “nuevo orden mundial” es necesario advertir la existencia de un denominador común entre ambas: la necesidad de fortalecer a los Estados. Esto vale tanto para esquemas de gobierno al servicio de las grandes mayorías como también de los grandes capitales concentrados, donde el caso de Estados Unidos y Brasil nos ofrecen un ejemplo. Dicho de otra manera, el fortalecimiento del rol del Estado no significa

necesariamente que sea en beneficio de las grandes mayorías. Y el aparente “reflujo del neoliberalismo” no implica su disolución.

No se trata sólo de inventar algo nuevo sino de poner a funcionar lo existente

Un primer elemento para fortalecer nuestros Estados es reconocer que no podemos caer en el error de pretender una salida de la pandemia sin fortalecernos conjuntamente con nuestros países vecinos. Independientemente de la ideología que cada gobierno tenga, la integración de nuestros países de América Latina es una necesidad, un elemento indispensable para el desarrollo. Para ello, resulta clave recuperar el rol de los organismos de integración regional. No sólo queda demostrada su capacidad para coordinar posiciones en vistas a lograr mejores niveles de inserción de los países en el plano internacional, son fundamentales como mecanismos de defensa, prevención y rápida acción ante diversas problemáticas. En otras palabras, tenemos que entender que lo regional no reemplaza lo nacional sino que lo fortalece.

La coordinación entre países puede realizarse de muchas formas. Seguramente habrá que crear un esquema de integración y formas de relacionarnos que nos contenga a todos. No obstante, ganaremos tiempo si comenzamos por poner en funcionamiento las estructuras ya creadas. Para el caso de Suramérica, sólo por poner un ejemplo, la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) contaba para el tratamiento de la agenda de salud con el Instituto Suramericano de Gobierno en Salud (ISAGS). Un organismo de salud técnico – científico con capacidad para

brindar asesoramiento permanente a los Ministros/as y Autoridades de Salud de países de Suramérica. Realizaba investigaciones, estudios, proyectos, y acciones en general sobre determinantes sociales de la salud, vigilancia epidemiológica, tecnologías sanitarias, entre otros. Los Estados encontraban en el espacio común la posibilidad de coordinar políticas, establecer cooperación horizontal y acordar posiciones para fortalecer sus sistemas públicos de salud. Asimismo, la UNASUR contaba con otras instituciones en su interior para coordinar mecanismos de defensa y tratamiento de temas de frontera; gestión de riesgos y desastres naturales, problemas de migración masiva, políticas de inclusión social y educativa, proyectos de infraestructura, entre muchos otros. No quedan dudas de la importancia de recuperar estos espacios para fortalecer las capacidades de respuesta de los Estados Nacionales a los desafíos actuales.

Lamentablemente su funcionamiento fue desarticulado por algunos gobiernos de la región argumentando que eran espacios donde abundaba lo ideológico y que eran costosos para los países. En su lugar, propusieron la creación de Prosur, una quimera de algunos gobiernos con una orientación ideológica "Pronorte" que hasta la fecha no ha comenzado a funcionar, no integra a todos los países de Suramérica y excluye a algunos de estos desde su concepción. Como saldo, hoy no contamos con ningún espacio de coordinación para las políticas de salud a nivel regional que incluya a los doce países de toda Suramérica en igualdad de condiciones. Asimismo, las evidencias demuestran que los grandes problemas recientes en esta región como las migraciones masivas,

inundaciones, terremotos, dengue, o los incendios en la Amazonía podrían haber sido articulados desde UNASUR. La no coordinación de respuestas entre los países en un espacio común debilitó la acción de los Estados, y en algunos casos, tensionó sus relaciones. América Latina no puede seguir de espaldas a la necesidad de integrarnos. La Geopolítica está cambiando y necesitamos recuperar la capacidad de tener posicionamientos conjuntos como región por ejemplo ante los países que se disputan la hegemonía mundial en una aparente "guerra comercial" como China y Estados Unidos. De igual forma, ante otros bloques de integración regional como la Unión Europea donde por ejemplo la puesta en marcha de un *New Green Deal*, significaría una gran amenaza para la exportación de algunos de nuestros *commodities*.

Cabe aclarar, nobleza obliga, que la desintegración actual no es patrimonio sólo de nuestra región. La Unión Europea, por citar un ejemplo, no ha logrado acordar una política común para enfrentar el COVID 19. Adicionalmente, el sistema multilateral se encuentra debilitado. Los organismos internacionales tampoco estuvieron a la altura de las circunstancias evidenciando una tenue capacidad de reacción y de articulación de políticas en el marco de la pandemia. Seguramente habrá que repensar también si los Objetivos de Desarrollo Sostenible que ya parecían inalcanzables deban ser revisados en la nueva coyuntura. Ello no implica rechazar el multilateralismo, sino todo lo contrario, es necesario repensarlos seriamente a la luz de los desafíos que la post pandemia y la "nueva normalidad" nos dejará. Seguramente las Naciones Unidas que fueron tan importantes post segunda guerra

mundial tengan que redefinir su estructura e instituciones ante estos nuevos desafíos. Ello no significa pensar en su disolución, o la salida de los países como ha hecho Donald Trump con respecto a la Organización Mundial de la Salud. Valga este razonamiento para los organismos de integración regional en América Latina como UNASUR, CELAC, MERCOSUR, entre otros.

En conclusión, la conmoción mundial que genera el COVID 19 es una oportunidad inmejorable para repensar muchas cosas. Sin dudas, los grandes temas como salud, inclusión social, ambiente son patrimonio de la humanidad y no pueden regirse por las leyes del mercado ya que este es el gran ausente a la hora de brindar soluciones ante una pandemia como la actual. La mano invisible del mercado está siendo reemplazada por las manos visibles de los Estados. Es por esto que muchas voces comienzan a levantarse. En Suramérica ya son varios los países que anunciaron la suspensión del pago de sus deudas con el Fondo Monetario Internacional (FMI) para atender financieramente esta problemática desde el sector público. También, en este contexto crítico, se está reclamando el levantamiento de los bloqueos ilegales contra los países tal como lo manifestara el presidente de Argentina Alberto Fernández en su intervención ante el G20 durante este año: “No podemos quedar pasivos frente a sanciones que suponen bloqueos económicos que sólo asfixian a los pueblos en medio de esta crisis humanitaria”, propiciando un diálogo global y la creación de un Pacto de solidaridad Global. Ello constituye, una clara apuesta por reforzar las relaciones entre los países en la búsqueda de un multilateralismo más solidario, contrarrestando la

irrupción de nacionalismos del siglo XXI que apuestan a la desintegración regional y al unilateralismo. Debemos reflexionar qué otras agendas es preciso fortalecer como políticas de Estado más allá de los ciclos de bonanza del capital o de casos de extrema gravedad como esta pandemia. La integración regional y el multilateralismo son parte de estas. En un mundo globalizado, la desintegración de nuestros países sólo conducirá a sistemas públicos, y en efecto, sociedades más vulnerables – y vulneradas- ante los desafíos que los nuevos tiempos nos imponen. En muchas ocasiones son las crisis las que generan las condiciones para un cambio de rumbo. Estamos ante una gran oportunidad en un mundo que ya no será el mismo. Es hora de poner en práctica las lecciones aprendidas que están a la vista. Depende de TODOS.

Recibido: 18 de mayo de 2020.

Aceptado: 2 de junio de 2020.